

La última misión



Hernán Valladolid Chávez
Lingüística y literatura hispánica
hernan.valladolidc@alumno.buap.mx

Ciudad de México, Mayo de 1980
Mi amada Chío:

Te escribo la que probablemente será la última carta. Mis ojos se han cubierto de un cielo nublado y mis manos son un árbol cuyas raíces se han convertido en nada. Estoy muriendo y ya no soy quien solía ser antes. Perdóname por haber dejado que mi luz se apagara y quedarme aquí en las tinieblas del olvido, pero es mi condena.

Hay demasiadas cosas por decir, que al final creo que no diré nada; pero muy al final, tendré que decir algo.

Creo que a estas alturas ya sabes muy bien lo que sucedió y todo mundo ha dado su versión, pero aún te falta conocer lo que habita en mí. No entiendo las injurias de la gente cuando tú no hiciste nada malo, lo único que hiciste, fue mostrarme que había en el mundo un poco de amor destinado para mí.

Un amor extraño y demente, sacado desde las entrañas de un pensamiento triste y lúgubre. Pero extraño o no, era amor.

Aún puedo recordar el momento en que te vi por primera vez. Bajaste de ese avión y te juro que cuando vi tu figura, parecía que estaba viendo a una virgen bajada desde el manto celestial. Pusiste un pie en el suelo, y supe que pronto, nuestros destinos estarían sellados. Mi Chío, recuerdo ese día perfectamente, porque fue el día en el que supe que había alguien en el mundo a quien pudiera contarle todo sin que me juzgara. Te convertiste en esa ancla que me mantenía aferrado y a salvo en medio de la tempestad. Viniste desde el otro lado del océano para salvarme, mi Chío.

Ya lo dije antes y lo vuelvo aquí a decir, no hiciste nada, amiga mía. No hiciste nada que merezca mi rencor o mi desprecio. Te amo desde el instante en que te vi y lo haré hasta el día en que mis huesos se mezclen con la tierra.

Esa fiesta, Chío, no fue un error. Te lo juro que no. No te martirices pensando que lo que hiciste fue incorrecto o que de haber sido posible lo habrías evitado. En esa fiesta, mi Chío, pude ver que lo que está destinado para uno, tiene que llegar tarde o temprano.

Puedo recordar con claridad la charla que tuvimos y la forma en la que me lo presentaste. “Ven, quiero que conozcas a un viejo amigo. Viene de España a mi presentación”, así me dijiste. Y fui detrás de ti, viendo cómo todos te saludaban y extendían sus manos para sentirse cerca de ti, para poder tocar tu piel por una fracción de segundo. Eras, y sigues siendo, una mujer con demasiado talento.

Llegamos ahí al balcón y pude verlo fumando, recargado en el barandal. Desde el primer segundo en el que nuestros ojos se encontraron, me di cuenta de que mi historia estaba comenzando a escribirse. Así inició todo, con una simple conversación de puros ojos. Nada de palabras, solo miradas. Te fuiste y él y yo nos quedamos ahí, mirando las pocas estrellas que se logran ver en el cielo contaminado de la ciudad. Ay, Chío, esa noche fue mágica, pero no tanto como las que siguieron después.

Me atrevo a contarte todo esto porque entre tú y yo no existen secretos.

Nos vimos después de la fiesta. Fuimos a Plaza Satélite y dimos un sinfín de vueltas. Cuando nuestras miradas se encontraban en medio de las voces que inundaban el mundo, podía ver que poco a poco nuestros lazos se iban estrechando más y más. Cuando lo miraba a los ojos, podía ver mi propio rostro bañado de felicidad.

Aún tengo grabada la imagen de tu rostro cuando te dije que él y yo estábamos juntos. Celebramos en tu casa esa vez. Invitaste a Juan. Incluso él se puso feliz por la noticia. Yo era feliz, Chío. Era completamente feliz. Sentía que todas y cada una de las piezas de mi vida por fin estaban encajando en su lugar.

Debo confesar que ningún hombre me hizo sentir lo que sentí con él. Nadie hizo lo que él hizo conmigo, y dudo de que exista un hombre en la faz de la tierra que sea capaz de hacer lo que él era capaz de hacer. Era un ángel, Chío, un ángel. Cada vez que me tocaba, me iba al cielo. La intensidad de su amor se podía palpar en el aire, era casi tangible. Me amaba con tanta fuerza que podía jurar que su corazón pronunciaba mi nombre cada vez que le latía ahí dentro de su pecho.

Fue por él que conocí el mundo de afuera, lo que hay del otro lado. Lo que hay más allá

del mar. Era un hombre espectacular.

Me gustaba cuando de la nada se acercaba a mí y me abrazaba, me daba un beso en la frente y me hacía saber lo mucho que me amaba.

¿Puedes ver ahora que no hiciste nada malo? Me diste algo que por mucho tiempo había buscado con desesperación: alguien que me amara con la misma intensidad que yo amo. Y eso me lo regalaste tú, mi Chío.

Cuando la gente desconoce lo que sucede afuera, inventa desde lo que conoce de adentro. Haz caso omiso a las habladurías, amiga mía, no vale la pena gastar energía en ello.

Ahora, aquí en mi departamento, difuminándome entre las sombras y al acecho del olvido y de la muerte, me lamento por lo que sucedió después de aquellos días de gloria entre él y yo. No pude ver a tiempo lo que se avecinaba, mis ojos estaban cegados con su amor. Un amor que creí eterno.

Fue tu hombro mi lugar favorito para llorar, y por más que me lo decías, yo simplemente terminaba obedeciendo al corazón.

El abismo que se abrió entre él y yo parecía tragarse todo, incluso mis lágrimas. Lo único que no se llevaba, era mi dolor. Te juro que la primera vez que me gritó, hice mis maletas y estaba en mí la idea de marcharme, pero él me suplicó, me imploró y me rogó por el perdón.

Chío, mis ojos eras ciegos por culpa del amor, pero los de él eran ciegos por culpa de los celos. En su momento no pude verlo, así que me quedé. Pero ya no era como antes, en el jardín que había florecido en nuestros corazones ya había hiedra venenosa esparciendo su mal. Eso, mi Chío, es solo mi culpa y debo de ser yo quien cargue con esa pena, no tú.

Los días pasaron y el abismo que poco a poco comenzaba a cerrarse, se abrió una vez más. Esta vez, de manera más abrupta y violenta. Cuando lo veía, yo ya no lo conocía, parecía un ser salvaje traído de otro mundo. No era el mismo que había conocido en el balcón. Los gritos se convirtieron entonces en golpes y en humillaciones en público, pero por la necesidad que había en mí de que alguien me amara, lo soportaba. Cuánta equivocación había en mis acciones y cuánta fuerza de voluntad me hacía falta. Pero así son las cosas en este mundo, Chío, así son y no se pueden cambiar. Quien quiere amor, puede soportarlo todo.

Una noche le dije que hiciéramos el amor. Él estaba ebrio, había bebido demasiado. En sus venas había dejado ya de correr sangre y



solo corría el alcohol. Yo, yo solo me embriagué con el amor que aún sentía por él y me permití embriagarme con su aroma. Afuera, como si el cielo estuviera celoso de nosotros y de nuestro acto, dejó descargar una tormenta. Y así, con la sinfonía de la lluvia y de nuestros jadeos, tuvimos una noche como ninguna de las otras que habíamos tenido. Y aquella ocasión que ha quedado tatuada en los días de ayer, permanece en mi memoria tan fresca como la misma herida que me causó al marcharse.

Si te digo la verdad, Chío, si lo volviera a ver, y aun sabiendo todo el daño que me hizo, le diría que me hiciera el amor una última vez. Que me regalara una última noche y que, aunque fuera mentira, que me dijera que todavía me ama como lo amé yo desde el primer instante que nos vimos.

Pero ya lo ves, la vida es así. Él se fue y yo me quedé aquí.

Chío, lo mejor es que comience a despedirme. Y la única petición que tengo para ti, mi amada amiga, es que escribas una canción para mí y la cantes en mi funeral. Espero que esta carta te sirva de inspiración.

Adiós, mi Chío, se acerca mi hora de partir y quedo satisfecho con mi última misión, despedirme de ti. Recibe mi último abrazo, amiga de mi corazón. Te llevaré conmigo en cada parte de mi ser.

Tu querido amigo,
Fabián. ●

